

UN VARÓN

Hernández: “Decidí hacer una película muy anclada en mis memorias”

MARÍA ARANDA

Un varón es una historia que su director, Fabián Hernández (Bogotá, 1985), ha vivido de cerca. “Para mí es casi como ponerme al desnudo. La película está filmada en mi barrio y tiene mucho que ver con mi vida personal”, afirma. En ella, relata el día a día de Carlos, que vive en un internado en el centro de Bogotá. Su deseo es pasar la Navidad con su familia, pero las circunstancias a su alrededor le obligan a asumir el estereotipo de “macho”.

El director presenta su primer largo en Horizontes Latinos, pero cuenta con una larga trayectoria, con cortos como *Mala mañana* o *Tras la montaña*, seleccionados en varios festivales internacionales.

Realizar este film fue algo que llevaba “reflexionando hace muchos años, estaba buscando la manera de expresarla. Lo que me resultó más difícil fue confrontarme conmigo mismo y ser lo suficientemente honesto conmigo. Encontrar esa honestidad no fue fácil, tampoco lo fue exponerla, pero decidí hacer una película muy anclada en mis memorias, en el barrio en que crecí con personas que tal vez han tenido algo que ver directa o indirectamente en mi vida. Me acerqué a unos muchachos que te-

nían que ver también con una contemporaneidad muy clara, que están viviendo unas situaciones que se parecían mucho o se parecen mucho a las que yo había vivido”. Una vez encontrados estos jóvenes, Hernández comenta que “creamos una sinergia con ellos. Juntos, desarrollamos un proyecto que coquetea con lo natural, con la realidad, pero donde, a la vez, hay una historia, un desarrollo de personajes, una propuesta artística”.

La película tenía unas premisas claras relacionadas con una masculinidad hegemónica dominante: “Yo había visto esa masculinidad desde muy joven. Para ser un ‘macho’ en el barrio tienes que hacerte respetar, tienes que saber hablarle a la gente de una forma y ser parte de unos códigos que tienen que ver con esa virilidad tóxica. Ese fue el norte para mí en el proyecto”. Así es el protagonista de la película, que está “constantemente en ese desarrollo de crear una mirada concreta, una forma de caminar; en definitiva, en acentuar su masculinidad para que, en consecuencia, el bullying hacia él esté casi prohibido”. Precisamente, los jóvenes que están alrededor de Carlos se encargarán de juzgar esa figura masculina, esa normalidad: si no eres lo suficientemente hombre te conviertes en un



JORGE FUERBUENA

ser anormal y esa anomalía puede ser “castigada, juzgada, sufriendo”.

El director analiza esa masculinidad como una construcción social: “Él tiene una fragilidad que parece no poder sacar de puertas para fuera”. Carlos explora esa sensibilidad, renunciando a varias cosas para las que no está hecho porque, al fin y al cabo, no es ese tipo de “macho”. ¿Acaso el poder de matar a otra persona te da el poder suficiente para ser hombre? Ese es uno de los temas sobre el que el cineasta reflexiona en *Un varón*.

Hernández afirma tener “un sentimiento muy social hacia la película. Me interesa llevarla a los barrios, a esos lugares donde los jóvenes no hablan de masculinidad. Me gustaría que generara en ellos una sensación que tiene que ver con alejarse de esos clichés, para entrar a abordar otros estereotipos que tienen que ver con la violencia, pero de una forma más sutil”.

El director concluye: “Para mí es importante que la película transmita el trabajo que hizo Javier De Nicolás, que aportó luz a lugares como este y también a mi película”. Nicolás fue el encargado de desarrollar un programa que ha ofrecido educación y protección a más de 40 mil jóvenes marginados.

LA JAURÍA

M.A.

¿Construir su propia cárcel por crímenes cometidos? Ese es el precio que deben pagar los protagonistas de *La jauría*, ópera prima del colombiano Andrés Ramírez. Tras recibir el Grand Prix en la Semana de la Crítica de Cannes y el premio SACD a mejor guion otorgado por la sociedad de autores, el director confiesa que “el resultado fue mejor de lo esperado, la película tuvo una gran acogida y lo que pasamos en Cannes lo asimilé una vez acabó el festival. Todo lo que hemos vivido con *La jauría* ha ido *in crescendo*”.

La historia transcurre en un centro de rehabilitación experimental en medio de la selva. En él, un grupo de jóvenes intentarán reconstruirse a sí mismos mientras construyen, poco a poco, la finca donde los tienen recluidos. Una serie de acontecimientos harán que Eliú, interpretado por Jhojan Stiven, que acompaña al director en su visita a San Sebastián, tenga que enfrentarse a su pasado y escapar de la oscuridad que habita en los seres humanos que lo rodean y en él mismo antes de que sea demasiado tarde.

El intérprete nos cuenta que “verme en pantalla ha sido una fantasía muy grande”. Para él, el mundo que ha creado Ramírez no dista mucho de su propia realidad: “El protago-



El director Andrés Ramírez y el intérprete Jhojan Stiven a su derecha.

JORGE FUERBUENA

La jauría o cómo construir tu propia cárcel

nista se fue descubriendo poco a poco. La gran ventaja es que parte de *La jauría* contiene pedazos de mi propia vida con los que me sentía muy familiarizado”. El director añade que “esa faceta que tiene Jhojan, ese silencio tan suyo, es lo que heredó su personaje”. Sin embargo,

continúa: “Cuando introducimos personas reales para interpretar personajes tendemos a comprometerlos emocionalmente. Por eso, lo que intentamos con esta película fue distanciar al protagonista del intérprete. Para mí eso es el cine; el cine no es la vida real”.

Este film, esta historia, comenzó como “un impulso. En el camino descubrí por qué estaba haciéndola y por qué la hice. Ha sido un proceso en el que lo que me interesaba era hablar sobre la paternidad, sobre la posibilidad de cambiar a lo largo de nuestra vida, hablar sobre las raíces,

sobre aquellos lugares de dónde venimos, una reflexión sobre la naturaleza humana, sobre la violencia que llevamos implícita en nosotros mismos. Quería transitar en esas preguntas a través del arte”.

Y mientras todas esas cuestiones danzan en el transcurso del film, esos chicos van construyendo esa cárcel en un lugar no pensado para serlo: “No quería que estuvieran encerrados en la prisión que todos tenemos como referencia”. El cineasta quería que “esa cárcel fuera como un edén caído”. Un lugar que, en su día, fuera ostentoso y que reflejara un pasado esplendoroso. Para el director también era importante plasmar que ese espacio en ruinas está carcomido por la vegetación: “Queríamos que la película no solo se viera y se escuchara, sino que se oliera, se identificaran las texturas, el sudor, lo corroido y que la propia naturaleza no solo fuera un *background* sino que estuvieran inmersos en el paisaje”.

Ramírez concluye que “el fuera de campo es muy importante en la película y está conseguido en base a la naturaleza, al entorno. En la región donde vivimos es increíble la riqueza sonora de las chicharras, el sonido de los insectos tiene mucha fuerza. Algo que también quise construir fue ese aspecto de espiritualidad y conseguir así que la música nos trasladara a ese otro tono, a esa otra capa”.